

jero. Rodaron diferentes ideas en nuestros espíritus, sin fijarnos en ninguna. Ultimamente las persuadí descansasen toda la mañana del siguiente día en Pont-de-Pany, para que dicho descanso diese fuerzas á la condesa; les prometí volver por la tarde á ponerme á sus órdenes para seguirlas allí donde hubieran decidido irse á establecer. Dije á la anciana me mirase como á un hijo y á Regina se fiara en mí como en un hermano. Encontrando en mis labios las palabras y el acento de su patria, que yo conservé desde mi larga estancia en Roma, creían hallar su cielo y naturaleza. Me despedí de ellas y volví á subir lentamente, con la vista ofuscada, el oído zumbante, el corazón turbado, las profundas y siniestras gargantas que serpentean de Pont-de-Pany al castillo de Urcy. Mi tío dormía ya hacía bastante tiempo.

IX.

CUANDO se despertó, le conté la escena de la víspera y la resolución que había tomado de consagrarme á las dos extranjeras. Hizo ademán como de creerme, pero yo veía bien en sus sonrisas que en el fondo no me creía tan desinteresado con aquel encuentro, como lo estaba efectivamente. Fuese lo que quisiera, no se enfadaba nunca por nada; era la indulgencia por naturaleza en la reflexión, sobreponiéndose á la inutilidad de las severidades.

—Haz lo que quieras— me dijo— hé ahí

el cajón de mi «secrétaire;» toma de él con mesura, pero con libertad. Si es un amor, el tiempo lo curará; si es una amistad, lo podrá cambiar muy bien. Tú eres muy joven para ser el tutor de una mujer tan bella como pintas á tu italiana; guarda bien tu corazón; ¡nunca está más cerca de despertarse que cuando duerme!

Lo afirmé: tenía miedo hasta del nombre de amor. Le enseñé algunas de las cartas de Salustio. Le volví á contar toda la historia de la pasión de aquellos dos corazones predeterminados, por decirlo así, el uno para el otro.

Pero me apercibo demasiado tarde, recogiendo y completando estas notas, que no he dado á conocer la historia de estos dos amantes. Voy á restablecerla aquí, gracias á las cartas de Salustio, que existen casi todas en el gran cofre de papeles que he traído de los restos de la biblioteca de Urcy.

X.

E dicho que los padres de mi amigo habitaban en Roma desde la conclusión de la guerra de la Vendée; tenían un hijo y una hija. Eran ricos; estaban atenedos á los Estados romanos por su palacio de Roma, y por tierras de grande extensión, pero de poca renta, en los Abruzzos. Sus hijos eran poco más ó menos de la misma edad. La hija llamábase Clotilde. El hermano y la hermana se parecían como dos gemelos. Este parecido, que había sido á

menudo el encanto y la alegría de sus padres durante su primera infancia vino á ser más tarde fatal á Salustio. Véase como:



XI.

UANDO su hija Clotilde hubo llegado á la edad de doce ó trece años, los padres de Salustio la pusieron en uno de aquellos numerosos conventos de Roma, de donde las hijas de las casas nobles de Italia no salían más que para casarse. El convento, resto de un gran monasterio de monjas, reducido por la revolución á un pequeño número de religiosas, no contaba más que tres ó cuatro de ellas, viejas y enfermizas, y siete ú ocho jóvenes de las grandes casas del Estado romano. Dos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

* no. 1625 MONTERREY, MEXICO

30398

solamente, de entre estas alumnas, llegaban á la adolescencia; eran Clotilde y Regina. Las otras eran niñas de siete á ocho años. Esta aproximación de edad y aquella diferencia de patria, en medio del aislamiento que la superioridad de los años creaba entre las dos jóvenes, debían, por naturaleza, acercarlas más estrechamente. No tardaron en contraer una de esas amistades apasionadas que hacen el encanto y el consuelo de las soledades, donde los corazones nuevos encuentran otros corazones como ellos para recibir y cambiar sus primeras confidencias.

El convento estaba situado en el barrio inmenso y desierto de la Longara, que se extiende de Transtevero hasta detrás de la columna de San Pedro. Es una calle sin fin, cuyas fachadas son, alternativamente, palacios, monasterios ó casas de un aspecto miserable,

en otro tiempo habitadas por numerosas familias pobres, relacionadas por sus funciones á los altares, á las sacristías y al cuidado de la Basílica, capital del catolicismo. En el tiempo de que hablo, estas casas parecían desiertas ó pobladas solamente de viejos, de pobres mujeres y de indigentes. Entrando en aquella calle, de la que se comprendía el antiguo esplendor por algunos frontispicios admirables de iglesias, y por la arquitectura deteriorada de algunos grandes palacios, se experimentaba una de esas impresiones que no se conocen mucho en el Norte de Europa, una tristeza oriental, una melancolía en la luz, una consternación resplandeciente que oprime el corazón sin que se sepa por qué. Era el contraste de un cielo azul y limpio como el lapizlázuli, reverberándose sobre tejas rojas y ardientes empedrados, en una soledad y en un silencio que daban al

día algo como la vaga inmensidad y el terror de la noche. He tenido, á menudo, que recorrer de una extremidad á otra esta larga avenida de paredes brillantes en medio del día, sin distinguir á un solo sér moverse en toda su extensión y sin oír un solo paso resonar sobre su pavimento. Algunos gatos lastimeros atravesando precipitadamente la calzada y deslizándose de una guardilla á otra; un asno abandonado y cargado con su albarda, paciendo hierba de entre las hendidas del umbral de los palacios; de vez en cuando una de las maderas de los balcones, todos uniformemente cerrados, abriéndose, empujada por el brazo desnudo de alguna mujer invisible, después cerrándose sin ruido en el vacío ó sin interrumpir el silencio que existía; largas cuerdas tendidas de una ventana á otra, en donde las lavanderas extienden su ropa sucia y las pobres madres

sus harapos, para secarlos al sol; en el fondo de la calle, las largas sombras llevadas de la columnata de San Pedro, parecidas á las oscuridades de un bosque misterioso de piedras; y, por encima, en el cielo, la cúpula, descollando sobre el fondo del firmamento su conjunto, sus galerías aéreas, y su última balaustrada bajo la cruz; parecía el balcón del palacio de un dios: hé aquí la austera fisonomía de este barrio de Roma. Si una de aquellas puertas se abre cuando pasáis, y echáis una mirada al interior de aquellos edificios, veréis grandes patios en donde el sol cae sobre las losas del suelo, sobre las conchas de las fuentes ó los mármoles de las estatuas introducidas en los nichos de las fachadas; y en el fondo del patio, grandes jardines en pendiente rígida, cortados por graderías de mármol y plantados generalmente de altos cipreses, que se extienden como en

el jardín papal del Vaticano hasta los muros de ladrillos mellados y tapizados de yedra de las defensas de Roma. Tal era la Longara.



XII.

EL convento, que he visitado después con Salustio, no consistía más que en una gran casucha baja, calada por siete ú ocho ventanas de semicírculo, enrejadas de hierro, con una gran tapia, abierta solamente por una puertecita que impedía apercibir la calle. Detrás de este ala deteriorada del antiguo monasterio, veíase un montón de ruinas, cubierto hasta la mitad por vegetaciones parietarias, algunos muros todavía en pié, agujereados, y grandes ventanas sin marcos por las que

se descubría el cielo; un jardín casi inculto subía por detrás de las ruinas del convento demolido hacia las murallas en ancha avenida, antiguamente empedrada, ahora tapizada de altas hierbas secas; bajo los mismos muros, otra avenida transversal y casi siempre en la sombra, serpenteaba siguiendo la curva de los baluartes. Había, á los dos extremos, una estatua de santa, enverdecida por la humedad de las yedras y de los musgos de la muralla. Era el paseo habitual de las religiosas y de las jóvenes reclusas del convento arruinado. Descendiendo hacia la calle, apercibíase un largo claustro exterior, cuyo techo en forma de terraza, sostenía columnitas de mármol blanco. Dicho claustro servía de camino á una capillita de hermosas piedras amarillas como las de San Pedro de Roma. Dos ángeles de mármol negro, semi-echados

sobre la cornisa de la fachada principal y tendiéndose los brazos, como para ayudarse á llevar un peso, unían sus manos para elevar un cáliz. Las puertas-ventanas de las celdas de las religiosas y celdas de las dos alumnas de mayor edad, abríanse sobre la terraza, cerrada por el techo plano del claustro. Una estatua de la Virgen, teniendo su niño como para amamantarle, sostenía, bajo el claustro mismo, una fuente alimentada por una derivación de la inmensa cascada de Aqua Paulina que, murmurando día y noche, bajo las bóvedas, llenaba aquella soledad con el único ruido de existencia que se oyó en aquel silencio de los vivos.

Tal era el monasterio habitado por las dos amigas.



XIII.

AUNQUE Clotilde tenía algunos meses más de edad que Regina, el desarrollo del cuerpo y del alma, más rápido en las jóvenes del Mediodía, aunque estén desarrolladas á la sombra, había borrado toda distancia entre ellas. Sus ideas y sentimientos estaban al mismo nivel que sus frentes. Apenas pasaron algunas semanas juntas, cuando sus nacientes impresiones se cambiaron entre ellas, como entre dos hermanas que se hubieran sustentado de la misma leche en el seno de una misma

madre. Sus familias, sin estar en relaciones de sociedad habitual, se conocían de nombre y se hallaban en los mismos salones de cardenales ó príncipes romanos. Cuando la madre de Salustio venía á visitar á Clotilde al locutorio, pedía ver también á Regina. Cuando la abuela de Regina, la condesa Livia, venía, más frecuentemente aún, á pasar largas horas con la superiora y con la hijita, no dejaba nunca de llamar á la joven francesa. Acostumbrábanse así, dentro y fuera, á considerarse como de una misma familia. La intimidad de una y otra aumentaba. Todo les parecía indivisible entre ellas, infancia y juventud, convento y mundo, educación y vida.



XIV.

Se ha visto, por el retrato de Regina á los 19 años, lo que debía ser su figura á los 14. En cuanto á Clotilde, no la he visto nunca; no conocía de ella más que los retratos que su hermano me hacía á menudo de su figura, y por el prodigioso parecido que tenía, decía, con él. Me la dibujaba como una joven más italiana por naturaleza y caracteres que Regina, con los ojos negros, frente pálida, cabellos lisos y oscuros, labios serios, expresión pensativa y firme; juiciosa ante la edad, triste ante el

dolor, elocuente ante la pasión, un presentimiento encarnado de la vida, del amor, de la muerte, la sombra de una estatua proyectada por el sol sobre la losa de una tumba del Vaticano. Su mirada, me decía, atravesaba lo que miraba; su palabra esculpía, por el contrario, aquello que había visto ó sentido. Se grababa asimismo en la memoria de los que le habían visto una sola vez, como si hubiera habido una maga en la joven. Pero esta magia, añadía, no era el terror, era el atractivo; se la adoraba mirándola.



XV.

ESTABA ya en el monasterio hacía algunos meses, cuando Regina fué llevada por su abuela para acabar su educación. Regina, mimada y adulada hasta allí por esta última, y espantada por el hábito y la vejez de las religiosas, se echó naturalmente por instinto en la idolatría de su sola compañera Clotilde. Las distracciones de los estudios de mujeres en un claustro semidesierto de Italia, no eran de naturaleza á ocupar mucho las imaginaciones activas de dos reclusas de su tiempo. Se sabe

lo que era entonces la vida de aquellos conventos: ceremonias religiosas más propias á fanatizar los sentidos que á edificar las almas, perfumes, cuadros, flores, cantos en la capilla, libros místicos, procesiones, rosarios sin fin y sin ideas, prácticas infantiles, costumbres austeras, recogimientos exteriores, meditaciones marcadas al reloj á diferentes horas del día; un poco de música y de poesía santa enseñadas á las alumnas por maestras afiliadas á la casa; lentos paseos en el recinto enclaustrado, largas soledades impuestas á las novicias en sus celdas; la distracción de algunas visitas de dignatarios de la Iglesia, protectores del convento; los sermones familiares de algunos predicadores célebres de la parroquia en cuaresma y los advientos; la monotonía en el vacío, la importancia en la nada, un sensualismo piadoso santificado por el misticismo: hé ahí la educación de Italia

y España entonces. No había noviciado más propio para anular todas las facultades razonables, y para encender ó extraviar una sola: la imaginación. También era el efecto ordinario de aquellas reclusiones de las jóvenes; piedad en las costumbres, vacío en el espíritu, pasión en el corazón. Tales salían de allí estas verdaderas orientales de Europa, para entrar con la ignorancia y la puerilidad de los cláustros, en la libertad y voluptuosidad de la vida.

Pero Clotilde, antes de entrar por circunstancia en este convento, á causa de una ausencia de su padre y una pesada enfermedad de su madre, había recibido ya, en la casa paterna, una educación muy superior á la sombra de educación enclaustrada. Sus padres, una institutriz traída por ellos de Inglaterra á Roma, la habían enseñado felizmente, y casi por encima de la medida de su

edad, todo lo que comprende en París ó en Londres, la educación de una joven perfecta. Había estudiado historia; había recibido los principios de las artes; había leído, por fragmentos, los grandes poetas traducidos de la antigüedad; hablaba tres lenguas sin haberlas estudiado más que por el uso; la francesa, la inglesa y la italiana. Había oído, en casa de sus padres, conversaciones serias de hombres distinguidos de las tres naciones, conversaciones que los niños no parecen escuchar, pero que retienen. Los mismos emigrados franceses eran atrevidos innovadores en comparación á las ideas y costumbres de la Italia enclaustrada. Clotilde, aunque piadosa como su madre, cerníase, aunque joven, sobre la ignorancia y puerilidad de las devociones de su cláustro.

Había llevado al convento algunos tomos escogidos entre sus mejores libros de educa-

ción ingleses y franceses, que las religiosas romanas admitieron sin entenderlos, y en los cuales se instruía ó embelesaba, para preservarse de la ociosidad y del contagio de chismografías de aquel pequeño mundo secuestrado á toda idea. Su ejemplo y su conversación instruían más á Regina que las fastidiosas lecciones de las religiosas, ignorantes como niñas con cabellos blancos.

Clotilde experimentó por Regina, al primer golpe de vista, la misma inclinación natural que había sentido Regina hacia la joven francesa. La maravillosa hermosura de la italiana fué como un rayo de luz flotando sobre los muros de su celda; bien pronto su corazón siguió sus miradas. La hermosura, sobre todo cuando está compuesta de ese misterio que se llama encanto, no penetra solamente de la frente de la mujer á la mirada del hombre: impresiona con diferencia,

pero impresiona también los ojos y el corazón entre bellezas jóvenes del mismo sexo; produce en los hombres el amor, en las mujeres la admiración y la atracción del alma. La belleza es un don desconocido y una potencia mágica. No es permitido á ningún sér viviente escapar de ella. Ser hermosa, es reinar.

Las dos jóvenes sintieron la una por la otra esa potencia oculta de la diversa hermosura, pero deslumbrante en ambas. Esa diversidad misma, ó esa oposición de belleza, concentrada en Clotilde, radiante, transparente, explosiva, por decirlo así, en Regina, fué, quizás en su ignorancia, una de las causas que las atrajo más y más hacia sí. Los contrastes se atraen, porque se completan. Su amistad vino á ser el único sentimiento de existencia que había en aquella soledad. Las pequeñas que les sucedían eran demasiado

niñas, las religiosas estaban en edad avanzada, y demasiado sumergidas también en sus fruslerías y prácticas para ofrecer alguna ocasión de amar á aquellas dos almas de catorce y quince años. Se sentían rechazadas simpáticamente la una contra la otra y se alegraban en el interior; porque, si bien inocentes contra sus corazones, su amistad era celosa; hubieran sido desgraciadas á la menor rivalidad de afectos.

